



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Jesús Silva Herzog, cada vez más actual

Autor: Carmona de la Peña, Fernando

Forma sugerida de citar: Carmona, F. (1991). Jesús Silva Herzog, cada vez más actual. *Cuadernos Americanos*, 2(26), 193-202.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año V, núm. 26, (marzo-abril de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

JESÚS SILVA HERZOG, CADA VEZ MÁS ACTUAL*

Por *Fernando* CARMONA
ECONOMISTA MEXICANO

JESÚS SILVA HERZOG sí fue un profeta en su tierra. Podría decirse que la admiración que despertó entre tirios y troyanos se basó en razones diversas y aun contrarias, pero todos valorábamos seguramente su integridad personal. El ejemplo vivo de voluntad y carácter para imponerse sobre la adversidad de su muy reducido campo visual; su benevolencia, idealismo y el profundo "interés desinteresado", como solía decir, en todo lo concerniente a nuestra patria, al mundo y a todo lo humano:

" Es preciso decir y repetirlo una y mil veces —escribió en su *Mensaje a un joven economista*, en 1967— que lo que importa es el hombre, que lo que importa es conservar sus valores auténticos y lograr su superación. Al hablar del hombre pensamos en plural y no nos referimos al hombre económico, metafísico o biológico, porque son meras abstracciones; nos referimos al hombre en todos sus variados aspectos y contenido múltiple, al hombre en toda su cabal integración. Y al bienestar y los destinos superiores de ese ser complejo y contradictorio precisa subordinar toda actividad creadora: la estructura económica, las infraestructuras, los sistemas políticos y sociales, la investigación científica y la obra de arte . . . "

Don Jesús Silva Herzog defendía sus convicciones en público y en privado; llamaba pan al pan y vino al vino, mas en términos justos, positivos, con objetividad, constructivamente, sin ofender a nadie en lo personal, sin eufemismos pero sí con bellas, a menu-

* Palabras pronunciadas en el sexto aniversario de la muerte de Jesús Silva Herzog en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Fernando Carmona, hoy investigador emérito del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, fue alumno de la generación 1944-1948 en la Escuela Nacional de Economía de la propia Universidad.

do lapidarias, metáforas. *Rara avis*, durante dos décadas cruzó los pantanos de la alta administración pública mexicana sin mancharse, y recorrió la última y más fructífera mitad de su larga vida con una acrecida *Inquietud sin tregua* —dijo él cuando dio este título a uno de sus libros—, sobriamente, sin vivir ni pensar ni actuar como un millonario, ni como un intelectual cortesano, indiferente a la suerte de las mayorías.

Puede decirse que estuvo siempre abierto a la juventud, aun cuando dejó de profesar la cátedra directa desde la segunda mitad de los años sesenta, y que durante más de medio siglo fue un paradigma y predicó con el ejemplo:

“A mis alumnos economistas les he dicho que su primer deber consiste en desempeñar escrupulosamente el oficio de hombre, el más difícil de los oficios; en cumplir cabalmente con sus deberes ciudadanos y en servir como profesionistas a su patria con laboriosidad, capacidad y honradez”, dijo cuando el Colegio Nacional de Economistas lo homenajeó precisamente por sus 50 años de actividad docente.

Vivió y murió como un hombre de izquierda, que no cupo en ninguna casilla prefabricada, pero cuya congruencia en el decir y el hacer, en el pensar y el actuar, no dejó lugar a dudas. Una y otra vez laureado y halagado por los sucesivos gobernantes de México y por las viejas y nuevas camadas de profesionales de la Economía y otras disciplinas, a menudo en nombre de la “revolución”, mantuvo siempre el espíritu crítico, nacionalista y justiciero de un verdadero patriota y a la vez de un profundo humanista, bien pertrechado por la ciencia social —la economía y la historia, la sociología y la ciencia política, y también por la filosofía y la literatura—, proyectado al futuro, fincado en el presente y con las más hondas raíces en el pasado nacional y universal, entendido éste por él como una hazaña de la inconformidad.

“Desempeñé modestos puestos públicos, y tuve altos puestos públicos”, repetía con la frente en alto quien entregó su vida a un México en revolución en el que muchos, demasiados actores se corrompieron, “y en algunos casos me dio mucho trabajo no hacerme millonario. En los altos puestos públicos jamás mis labios se mancharon con el vino de la adulación, y mis manos quedaron limpias, absolutamente limpias de peculado. ¡Por eso tengo el honor de ser pobre!”.

Moderno Herodoto, casi ciego, don Jesús veía más, mucho más profunda y certeramente que muchos videntes acomodaticios que

pretendieron ser sus discípulos ("alumnos", corregiría don Jesús; "yo tuve muchos alumnos y unos cuantos discípulos", nos repetía a quienes por nuestra parte podríamos decir que en años y años de escuela tuvimos muchos *profesores* y sólo unos pocos *maestros* como él). Escudriñaba las realidades de nuestra historia y de nuestro tiempo, tanto o más que como un sabio científico de la sociedad, como poeta humanista y digno y orgulloso ciudadano latinoamericano, del "Tercer Mundo", henchido de fe en los pueblos de México y Nuestra América e ineludible opositor del imperialismo como sistema.

Con su acrada voluntad, su tenacidad, su paciencia, su orden, su disciplina y su eficaz método de trabajo, el maestro Silva se impuso por sobre una condición personal que aplasta a la mayoría ("yo tengo que trabajar con ojos prestados", afirmaba). Si no fue el único escritor ciego, tomemos en cuenta que a diferencia del argentino Jorge Luis Borges, por ejemplo, que fue principalmente un inventor literario, Jesús Silva Herzog se debía, como investigador social, a la realidad, a la precisión en las numerosas referencias bibliohemerográficas de sus obras, a la exactitud en las abundantes transcripciones del pensamiento ajeno, a la concreción en el manejo de cifras.

Todo esto tenía que elaborarlo estrictamente en su cerebro, sin la oportunidad que quienes descansamos en ojos propios tenemos de volver a las marcas, "claves" y señas que situamos en libros, revistas y documentos; de descargar la memoria en una larga lista de elementos auxiliares que podemos fácilmente consultar en las tablas, informes, anexos, enciclopedias, manuales, compendios y anuarios acopiados en el curso de una investigación ordinaria, para la cual nos apoyamos —más de lo que imaginamos— en nuestra memoria visual.

No olvidemos que él requería de los "ojos prestados" no sólo para "leer" y recibir información, sino también para escribir, ejercicio para el cual dependió por entero, durante décadas, del dictado; y que su posibilidad de volver sobre sus escritos en proceso para aclarar, anotar, matizar, corregir, intercalar, cambiar el orden y pulir sus textos era necesariamente limitada. Escribía muy bien porque hablaba muy bien: escribía como hablaba, pero su cerebro realizaba la inconsútil tarea de refinar textos que no veía.

La parte más vasta y valiosa de la obra intelectual de don Jesús Silva fue la que cuajó a partir de que su agudeza visual, dramáticamente defectuosa desde su nacimiento, se contrajo al mínimo ("a

un 5 a 10% en un sólo ojo'', solía repetir), desde la segunda mitad de los años cuarenta. Por sí solo éste es un imperecedero ejemplo de voluntad, carácter y amor a la vida que nos deja el maestro, tanto más que su trabajo fue una labor crítica e ineludible de la razón, siempre desde el ángulo de un demócrata que se debió a su pueblo y al progreso de la patria.

Desde entonces, cuando se retiró de su último cargo político, el de Subsecretario de Hacienda y Crédito Público —en esa época uno solo y no varios como en la actualidad— redactó sus libros principales y más numerosos que cubren múltiples temas. También en ese periodo revisó, ordenó y publicó buena parte de la vasta producción de quien fue un político, administrador, periodista, diplomático, funcionario, editor, investigador, asesor, conferenciante, promotor de bibliotecas, centros de estudio y publicaciones y, siempre un cumplido, erudito pero claro y entusiasta maestro en la cátedra para normalistas, agrónomos, economistas o simples trabajadores.

Puede decirse que la infatigable y sorprendentemente puntual publicación, bimestre tras bimestre y durante más de 40 años, de sus *Cuadernos Americanos* es un hito de su fértil labor. Detrás de las decenas de miles de páginas impresas en los 429 gruesos volúmenes de *Cuadernos Americanos* que el maestro dirigió personal y directamente hasta su muerte, sin contar las de los muchos libros editados con su pie de imprenta, anida una voluntad firme, nutrida de pasión, tesón, entusiasmo verdaderamente juvenil en la tarea de conjuntar las plumas más diversas de toda Nuestra América, para lo cual redactó miles de cartas y recibió otras tantas; en la de leer con ojos prestados, seleccionar, ordenar, y distribuir materiales entre las cuatro secciones permanentes de su "revista" —más bien un libro bimestral de unas 300 cuartillas por número—, sin contar los originales no impresos; en la de asegurar la oportuna publicación y entrega cada dos meses, durante 44 años y sin recurrir nunca a una "segunda", "tercera" o "nueva" época; en la de resolver frecuentes problemas financieros recurriendo a sus eficaces "sablazos intelectuales" —decía— y a su propio bolsillo; en la de afrontar contradicciones y lograr, con un mínimo equipo humano y material, darle continuidad e independencia a tan vasto esfuerzo.

No de gratis la UNESCO y la Casa de las Américas de Cuba le rindieron homenaje en el cuadragésimo aniversario de su publicación, aún vivo don Jesús. Y desde luego, si bien ya nunca será lo mismo sin la presencia del maestro, es bueno que la UNAM continúe la pu-

blicación de *Cuadernos*, ahora bajo la dirección del respetado latinoamericanista Leopoldo Zea.

Cuando tuve el privilegio de iniciar una relación con el maestro, ya sabía que él fue quien primero demostró— o al menos uno de los primeros— y aquel cuyos planteamientos alcanzaron la mayor resonancia en los años cuarenta, en pleno alemanismo (y por ello afrontó las críticas de la izquierda y de la derecha), la muerte de la Revolución mexicana y, hasta cierto punto, el carácter capitalista y no "antisemifeudal" de este trascendente hecho histórico; que suya fue la sugestiva tesis sustentada con sólida fundamentación, de que después de la transición ávilacamachista se había iniciado en México una suerte de neoporfirismo; que él era uno de los pensadores que más hondo caló en el pensamiento social, económico y político de los mexicanos a través de la historia.

Sabía también que desde vertientes diversas de las recorridas por juristas e historiadores—incluso marxistas— Silva Herzog aportaba elementos para desmitificar y "desimplificar" la historiografía oficial, al ubicar en su tiempo y marco social respectivo las concepciones de los Lucas Alamán, Esteban de Antuñano, Mariano Otero, Miguel y Sebastián Lerdo, Guillermo Prieto, Andrés Molina Enríquez, y quien había trabajado duro para poner frente a las nuevas generaciones de economistas las figuras de los Wistano Luis Orozco, Lauro Viadas o Rafael Nieto, y fue seguramente quien más contribuyó a ordenar la historia del pensamiento agrario en México.

Asimismo sabía que Silva Herzog fue un participante destacado en la gesta de la educación, sobre todo rural, en un México entonces principalmente poblado por campesinos pobres —al lado del todavía satanizado Narciso Bassols, cuya memoria siempre honré—, la reforma agraria y la expropiación y nacionalización de la industria petrolera, en la cual fue el incorruptible funcionario que tuvo a su cargo la responsabilidad de romper el boicot decretado contra México por las potencias imperiales.

Sabía que desde el primer momento fue un ciudadano que se enfrentó a la "guerra fría" y al macartismo, y se colocó en las filas de los defensores de las revoluciones antiimperialistas derrotadas en Guatemala y Bolivia. Pero ya pude ser testigo del calor con el que el maestro Silva saludó la buena nueva de la Revolución Cubana, la revolución liberadora de la que en poética imagen identificó con la Isla de Utopía de Tomás Moro, y que fue destino, en 1969, de su último viaje al extranjero.

Me consta que no titubeó nunca al situarse del lado de Salvador Allende y la Unidad Popular chilena y de la Revolución Popular Sandinista nicaragüense. Y que nunca tuvo reposo frente a las dictaduras latinoamericanas de toda laya, los gobiernos prepotentes de los Estados Unidos y las otras metrópolis de los monopolios transnacionales, y frente a la demagogia, la corrupción, la frivolidad, la antidemocracia, la explotación del pueblo y el despilfarro criminal de los recursos nacionales en la propia sociedad mexicana.

Pero preguntémosnos: desaparecido ya, ¿a quién pertenece la memoria y el ejemplo de Silva Herzog? ¿Al México de las ceremonias y rituales o al pueblo trabajador mexicano que él siempre tuvo en su cerebro y su corazón? ¿A los conservadores que hablan de una "revolución mexicana" que hace mucho agotó su ciclo como él lo demostrara, o a quienes en la brega por un México mejor se empeñan en ser herederos de la Revolución Mexicana con mayúsculas, que en un largo trecho Silva Herzog contribuyó a alentar? ¿A los reaccionarios que combatió y a los conservadores ajenos y opuestos a su preocupación, o a quienes aspiran a fundirse con su pueblo en un esfuerzo por transformar la realidad injusta y por redimir los derechos históricos de un pueblo que no ha dejado nunca de luchar por la libertad y por su propio bienestar?

Vivo, don Jesús perteneció a la izquierda histórica, y muerto también es parte de ella; es decir, de acuerdo con sus propias palabras, forma parte de "los que luchan sin cesar contra la miseria, la ignorancia y el hambre de las grandes masas de nuestra población. . . ; los que defienden la soberanía nacional y la independencia económica del país; los que marchan hacia adelante para alcanzar metas nuevas de justicia social. . . ; los que quieren un gobierno honrado, progresista y patriota".

En lo personal no tengo la menor duda: Jesús Silva Herzog, su vida y obra pertenecen a su pueblo, a la izquierda, a los que luchan por acabar con la explotación de los más, de los que nada o muy pocos bienes materiales poseen, por los menos, por una escuálida minoría de extranjeros y mexicanos "transnacionalizados" propietarios del capital y verdaderos detentadores del poder.

El maestro Silva era un hombre que pudo haber vivido sus últimos años vuelto hacia un pasado cubierto de glorias, como otros destacados mexicanos de avanzada edad. Sin embargo, su actitud fue muy otra: echaba mano de aquél para asentar sus plantas firme y críticamente en el presente. Se negó a ser un "santón" y mantuvo sin claudicaciones su fe en un mejor porvenir para el pueblo,

en un porvenir socialista necesariamente mexicano, para México, y desde luego no una calca mecánica y burda del de cualquier otro país. ("Cada año que pasa soy más de izquierda" le gustaba repetir; o bien: "lo que más me enfada de que me llamen 'rojillo' es el diminutivo; rojo se debe decir"). En los últimos tiempos ya no fue ni podía ser un militante revolucionario; pero sí un intelectual que pensaba como revolucionario y un militante de la verdad que siempre es revolucionaria.

Su denuncia de la pobreza, el atraso, la insalubridad de las maorías de nuestros compatriotas no cesó nunca, ni siquiera en los años de mayor ascenso de la Revolución Mexicana durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, como tampoco la de la injusticia prevaleciente en el campo mexicano y del cada vez más negativo peso de las inversiones extranjeras y el endeudamiento externo del país. He aquí unos cuantos fragmentos que dan cuenta de su pensamiento:

"Inconformidad; ¿inconformidad con qué en estos momentos? Inconformidad con la tremenda concentración de capital en pocas manos. Sobre todo en los dos últimos sexenios; concentración que comenzó con el sexenio de 1946 a 1952. Estoy inconforme con la opulencia y la miseria; estoy inconforme con los millones de mexicanos desnutridos frente a los centenares de mexicanos ¡hartos e inmensamente ricos! Estoy inconforme con el 'jacal', con los 'harapos' con que a veces se viste nuestro pueblo. . .", dijo al recibir la medalla "Eduardo Neri", que le fue otorgada por la Cámara de Diputados en 1972.

"Las fallas del neoporfirismo —que don Jesús situaba a partir del gobierno de Miguel Alemán— fueron fundamentalmente las mismas o casi las mismas en lo económico que las del porfirismo: la concentración del capital en pocas manos, el otorgamiento de facilidades a la inversión directa de empresas extranjeras sin ninguna reglamentación, y la distribución injusta, terriblemente injusta del ingreso nacional, como si no hubiera habido en México una revolución cruenta que costara un millón de vidas humanas. . .", dijo en otra oportunidad.

Jesús Silva Herzog mandó y gobernó sobre su propia vida y sobre sus *Cuadernos Americanos*, que sin embargo contaron con un prolongado fideicomiso estatal. Fue un creador independiente e insobornable, que no se subordinó a designios o imposiciones de los funcionarios de ocho gobiernos sexenales, a partir del de Ávila Camacho. Las debilidades y errores, como todos los formidables acier-

tos, suyos fueron; son parte inextricable de su pensamiento y acción, de su escala propia de valores, de sus concepciones, simpatías y afectos, de sus relaciones personales. Fue muy consciente —lo comprendí en varias pláticas con él sobre proyectos editoriales— del carácter de su prestigiosa publicación y de las concretas limitaciones y posibilidades que afrontaba en cada fase, a las cuales tenía que calibrar constantemente y en lo que podía desde luego equivocarse; pero no se sometió a dictados comerciales u oficiales, aun de los más altos personeros del régimen.

Así lo pude apreciar sobre todo en las coyunturas políticas nacionales del 68, cuyo momento culminante sería la matanza del 2 de octubre, del 71 y el día de Corpus Christi, del 76 y sus devaluaciones y en otros momentos posteriores. La independencia política e ideológica del socialista irredento Jesús Silva Herzog frente a la clase dominante-dominada mexicana se cimentaba en sus férreas convicciones y también en una paradójica y difícil autonomía económica de quien con su energía dio vida a tales empresas. Tal autonomía a su vez fue posible porque el maestro nunca utilizó los medios públicos que le fueron asignados como una canonjía personal, sino para cumplir a cabalidad inobjetable propósitos públicos claramente pactados, y porque alcanzó la condición de maestro emérito de la UNAM y miembro del Colegio Nacional, dos instituciones estatales, no por influencias y una dócil fidelidad al sistema sino por sus méritos sobresalientes e indisputables acumulados en décadas de un esfuerzo ejemplar.

¡Ahí está una diferencia principal en la trayectoria de Silva Herzog y la de tantos otros académicos e intelectuales mexicanos de las épocas —así, en plural— que le tocó vivir!

Con lo anterior en mente podemos preguntarnos: ¿no es una hazaña esta larguísima y consecuente trayectoria intelectual y ciudadana de inconformidad en nuestro país, donde tantos intelectuales antes rebeldes más pronto o más tarde se conforman?; ¿donde la corrupción, dato tan aberrante como permanente en nuestra historia más que secular y, al fin de cuentas, consustancial al sistema de mercado que todo convierte en mercancía, empezando con el trabajo humano, y donde con una remarcable y prolongada estabilidad política, adquiere formas más enquistadas que en otras naciones en las cuales es mayor el juego de partidos que se turnan en el gobierno y la oposición es más influyente?

¿Acaso no es una gran proeza aquí donde por desgracia la corrupción cobra el carácter de una hidra de mil cabezas, y en el cual

muchos intelectuales, para realizar anhelos equiparables a los del maestro Silva, se cobijan —y casi siempre se eternizan— en el Estado y a menudo pierden su independencia, acaban por renunciar a sus sueños y aun por hacer lo contrario de lo que se habían propuesto? ¿Y no acontece que ese acomodo y medro, el enriquecimiento consiguiente y la sexenal reinserción, somete a dichos intelectuales a las directrices cuando no a las instrucciones de quienes ejercen el poder e incluso terminan por volverse prácticamente estériles? Nunca don Jesús siguió ese tortuoso camino.

Silva Herzog, el autodidacta que carente desde niño de una vista normal apenas pudo concluir los estudios formales de la primaria y los de una academia comercial potosina —ni siquiera los de secundaria, limitados durante el porfirismo a unos cuantos miles de mexicanos—, se ganó a pulso la licenciatura *ex officio* y el doctorado *honoris causa* en Economía otorgados por la UNAM y otras universidades nacionales y extranjeras. Indudablemente fue un economista que llegó a acumular una cultura filosófica, literaria e histórica superior a la que obtiene la gran mayoría de los universitarios, a aportar a la cátedra y a la bibliografía económica mexicana y a promover el estudio de esta disciplina en México y en el extranjero, como ningún otro compatriota.

Pero el maestro Silva Herzog fue más, mucho más que un gran economista, aunque para los mexicanos y también para muchos latinoamericanos de esta profesión, llegó a ser un símbolo viviente y un guía seguro. Desde luego fue asimismo un distinguidísimo intelectual polifacético, mas, sobre todas las cosas, un gran ciudadano y un ejemplo de honradez y valor civil, que podría no yacer en esta Rotonda pero de todas formas merecería la veneración de los mexicanos de bien.

Hoy, cuando después de diez años de crisis y grandes cambios en el escenario mundial y nacional, la transnacionalización y desnacionalización de México y Latinoamérica avanzan a pasos agigantados; cuando la privatización y las loas a un mágico mercado sustituyen en nuestro país a la iniciativa económica y social planificada del Estado; cuando la sangría del excedente económico nacional por los intereses, regalías y dividendos de los bancos y empresas extranjeras, por las fugas de capital y por el intercambio desigual en el comercio exterior se multiplica, a la vez que se facilita mediante la apertura de nuestras economías; cuando la retracción de los ingresos reales de las mayorías se ha llevado a los niveles de hace más de treinta años y contrastan con la aguda reconcentración

de la riqueza y del ingreso en las ciudades y en el campo; cuando la educación, la salubridad y la seguridad social públicas padecen graves carencias; cuando la destrucción y polución de la naturaleza alcanzan inauditos extremos, y cuando la integración de nuestros países a la superpotencia del Norte que pretende regir un mundo "unipolar" e imponer un "nuevo orden internacional" supuestamente "neoliberal" —en realidad del Viejo Orden imperial del cual todos aquellos desastres son consecuencias—, es preciso que los economistas y los mexicanos todos aprendamos de la honradez, patriotismo y valor civil de Jesús Silva Herzog.

Al amar, como Silva Herzog, "a la familia más que a uno mismo, a la patria más que a la familia y a la humanidad tanto como a la patria"; al reconocer, con sus palabras, que "sólo con la verdad se sirve de verdad al pueblo", y que "la independencia política es sólo una ficción si no descansa en la independencia económica", más temprano que tarde seremos mayoría los mexicanos que por encima de banderías sabremos unificarnos, solidarizarnos en la decisión de lograr la patria soberana e independiente, unida, libre, que cumpla su papel en una Latinoamérica y un mundo en el cual sea posible, según el sueño del Maestro, "la armonía entre el hombre y la naturaleza, y la armonía de los hombres entre sí, en la que el hombre ya no sea el lobo del hombre, sino amigo fraterno del hombre".